

El Conde Lucanor

Don Juan Manuel

Ejemplo XI

Lo que sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el mago de Toledo

Otro día hablaba el **Conde Lucanor** con **Patronio**, su consejero, y le planteó lo siguiente:

—Patronio, un hombre vino a pedirme que le ayudara en un asunto en que me necesitaba, prometiéndome que él haría por mí cuanto me fuera más provechoso y de mayor honra. Yo le empecé a ayudar en todo lo que pude. Sin haber logrado aún lo que pretendía, pero pensando él que el asunto estaba ya solucionado, le pedí que me ayudara en una cosa que me convenía mucho, pero se excusó. Luego volví a pedirle su ayuda, y nuevamente se negó con un pretexto; y así hizo en todo lo que le pedí. Pero aún no ha logrado lo que pretendía, ni lo podrá conseguir si yo no le ayudo. Por la confianza que tengo en vos y en vuestra inteligencia, os ruego que me aconsejéis lo que deba hacer.

—Señor conde —dijo Patronio—, para que en este asunto hagáis lo que se debe, mucho me gustaría que supierais lo que ocurrió a un deán de Santiago con don Illán, el mago que vivía en Toledo.

El conde le preguntó lo que había pasado.

—Señor conde —comenzó Patronio—, en Santiago había un deán que deseaba aprender el arte de la nigromancia y, como oyó decir que don Illán de Toledo era el que más sabía en aquella época, se marchó a Toledo para aprender con él aquella ciencia.

Cuando llegó, se dirigió a casa de don Illán, a quien encontró leyendo en una cámara muy apartada. El maestro lo recibió con mucha cortesía y le dijo que no quería que le contase los motivos de su venida hasta que hubiese comido. Para demostrarle su estima, lo acomodó muy bien, le dio todo lo necesario y le hizo saber que se alegraba mucho con su presencia.

El pacto de la cueva

Después de comer, quedaron solos ambos y el deán le explicó la razón de su llegada, rogándole encarecidamente que le enseñara aquella ciencia. Don Illán le dijo que, siendo ya deán y persona respetada, podría alcanzar más altas dignidades en la Iglesia, y que quienes han prosperado mucho suelen olvidar rápidamente los favores recibidos. Recelaba que, una vez instruido, el deán no cumpliera lo prometido. El deán le aseguró que, por mucha dignidad que alcanzara, no haría sino lo que el maestro le mandase.

Cuando se pusieron de acuerdo, el mago explicó que la ciencia solo podía enseñarse en un lugar apartado. Llamó a una criada y le pidió que preparase unas **perdices para la cena**, pero que no las asara hasta que él se lo mandase.

Luego, bajaron por una escalera de piedra muy bien labrada, tanto que parecía que el río Tajo pasaba por encima de ellos. Al final, encontraron una estancia amplia y un salón con los libros de estudio. Apenas se sentaban para comenzar, entraron dos hombres con una carta: el tío del deán, el arzobispo, estaba enfermo y le pedía que fuera a verlo antes de morir. El deán, por no abandonar sus estudios, decidió enviar una carta de respuesta y quedarse en Toledo.

La escalada al poder

Al cabo de unos días, llegaron noticias de que el arzobispo había muerto y que el deán sería probablemente su sucesor. Poco después, llegaron escuderos confirmando su elección como **Arzobispo**. Don Illán le pidió entonces que concediese la vacante de deán a un hijo suyo. El nuevo arzobispo se negó, pidiendo el cargo para su propio hermano, pero prometió a don Illán que le daría otro cargo más adelante y le pidió que lo acompañara a Santiago.

La historia se repitió sucesivamente:

1. **Obispado de Tolosa:** El papa nombró al arzobispo como Obispo de Tolosa. Don Illán volvió a pedir el cargo vacante para su hijo. El obispo se lo dio a un tío suyo, prometiendo una nueva recompensa futura.
2. **El Cardenalato:** Pasados dos años en Tolosa, fue nombrado Cardenal. Nuevamente, el cargo vacante fue para otro tío del cardenal, bajo la promesa de que en Roma le favorecería.
3. **El Papado:** Finalmente, murió el papa y el cardenal fue elegido para ocupar la Santa Sede.

El desenlace

Don Illán se dirigió al nuevo **Papa** para reclamar, por fin, el cumplimiento de tantas promesas. Sin embargo, el pontífice le contestó con aspereza que no le apremiara, que siempre habría tiempo. Cuando don Illán se quejó amargamente recordándole su ingratitud, el papa se enfadó y amenazó con encarcelarlo por hereje y nigromante.

Al ver don Illán tan pobre recompensa, y viendo que ni siquiera le querían dar comida para el camino, le dijo al papa:

—Como no tengo nada para comer, habré de echar mano a las perdices que mandé asar la noche que llegué.

Llamó a su criada y le ordenó asar las aves.

En ese instante, el hechizo se rompió. El papa se encontró de nuevo en Toledo, siendo todavía el deán de Santiago, exactamente como estaba el día que llegó. Don Illán lo miró y le dijo

que bien podía marcharse, pues ya había comprobado lo que podía esperar de él, y que daría por mal empleadas las perdices si lo invitase a comer.

Conclusión y Moraleja

—Y vos, señor Conde Lucanor —concluyó Patronio—, pues veis que la persona a quien tanto habéis ayudado no os lo agradece, no debéis esforzaros por él ni seguir ayudándole.

El conde pensó que era este un buen consejo, lo siguió y le fue muy bien. Y como don Juan Manuel comprendió que el cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos:

Cuanto más alto suba aquel a quien ayudéis, menos apoyo os dará cuando lo necesitéis.